

no debe ya preguntarse qué significa el cuadro, sino decir: «Es bonito o no me gusta». La belleza pura es lo único que debe admirarse.

El proceso en literatura es más difícil porque las palabras siempre son vehículo de un sentido, y el poema o la prosa siempre quiere decir algo. Algo explicaremos, diciendo que el literato procede por asociación de ideas. Por ejemplo: el poeta, según la tradición, cuando veía la boca de su amada evocaba un rubí o un clavel. Existía, como se ve, una asociación de ideas, la más fácil, la más rápida. La diferencia ahora es que el poeta va más lejos aún, y cuando ve los rojos labios de su amada evoca un día de estío. El método asociativo es el mismo, pero la asociación está a más distancia que lo estaba tradicionalmente. Si al decir labios-rubí todos comprendemos, al decir labios-estío el esfuerzo por nuestra parte es más grande, y muchas veces sólo el poeta sabe lo que quiere decir. Aquí está el peligro de la poesía abstracta o pura. Las referencias humanas próximas se eluden. Además, el poeta y el literato procuran no tratar temas sentimentales al uso, ni pasiones, se recrean sólo en las formas puras: así la poesía en la pura metáfora. Entonces se revaloriza el arte de Góngora de las Soledades, basado en la pura metáfora, que sólo busca el placer estético sin otro fin humano.

Ortega y Gasset, en su artículo titulado «Musicalia», dice despectivamente, no sin indignación de los aficionados, que Beethoven y Wagner tienen demasiado lastre humano, y propone a Debussy con su «Après midi d'un faune» como modelo de música pura.

El adjetivo puro se emplea entonces

para calificar a un arte sin contaminación, que tiene sus leyes en sí mismo, fuera del hombre. Fácil es comprender que ningún arte nacido de humanos puede eliminar o borrar por completo las huellas del origen de donde procede.

El caso es que ya está lanzada una teoría para explicar el arte puro y todo el que quiera entenderlo tiene que pasar por sus disquisiciones para llegar a él. Los contrarios dicen que no es arte ese que necesita tanta teoría, y los pintores y el público encuentran en los cuadros demasiada literatura en vez de pintura. En el arte nuevo se refleja ahora el subconsciente. Muy en boga las teorías del psicoanálisis de Freud, que habrá que tener en cuenta siempre que se estudie este período, los artistas dejan libremente moverse el pincel, la pluma o el buril siguiendo los dictados del subconsciente. Ese mundo subterráneo, apenas conocido, sale a flote con sus represiones, deseos y sueños, y da lugar al surrealismo, que es otra forma de deshumanización, algo así como la esencia abstracta del hombre. El artista trabaja sobre la realidad y por debajo de ella, y crea obras alucinantes que desconciertan al que desconoce el proceso sencillo de asociación. La poesía surrealista es un buceo en las profundidades del subconsciente, del que sólo saca trozos inconexos y algunas imágenes sueltas bellísimas. El arte entonces parece cosa de locos. Y, en efecto, se relacionan las producciones de los artistas con el arte de los alienados o las composiciones infantiles. Ya veremos más adelante cómo termina la experiencia y todo lo que tiene de malo y bueno.

Dejando a un lado el concepto orteguiano de deshumanización del arte, que